

ALEGORÍAS REFERENTES AL «BUEN PASTOR» EN SAN AGUSTÍN

GUILLERMO PONS PONS

CRISTO PASTOR DE PASTORES

La representación de Cristo como Buen Pastor ocupa un lugar preeminente tanto en las más antiguas imágenes del arte paleocristiano como en los escritos y homilías de los Padres de la Iglesia. Tertuliano afirma que en los cálices destinados a la celebración eucarística solía grabarse la figura de Cristo como pastor ¹. La predilección por este tema deriva de las palabras pronunciadas por Jesús: *Yo soy el buen pastor; el buen pastor da la vida por sus ovejas* (Jn 10,11). Esta alegoría escogida por nuestro Señor, así como las imágenes, tan apreciadas por los fieles, en las que el Salvador lleva una oveja sobre sus hombros o conduce a varias que se agrupan junto a él evocaban en la mente de los fieles una convicción profundamente consoladora en relación con la muerte de los seguidores de Jesús a quienes él en persona trasportaba hacia la plenitud de vida en la patria de la eterna felicidad.

Debido a esas y otras razones, incluso muy personales, no es de extrañar que san Agustín se ocupara muy asiduamente en la contemplación y en la enseñanza acerca de estas tan penetrantes y consoladoras expresiones de Cristo Jesús, a quien en un sermón pronunciado en Cartago hacia el año 412, en relación con los acreditados pastores que sirven al pueblo de Dios y en especial refiriéndose al apóstol san Pedro decía: «Era [Pedro] pastor y buen pastor. Su poder y bondad eran, ciertamente, nada junto al

¹ KAUFMANN, C., L., *Manuale di archeologia cristiana*, Roma 1908, p. 318.

poder y bondad del Pastor de los pastores: con todo, era pastor también, y bueno, y los demás, pastores buenos igualmente»².

Las principales fuentes agustinianas en lo relativo a Cristo como buen pastor son los *Tratados sobre el Evangelio de San Juan* (45-47), los muy numerosos *Sermones* del santo obispo de Hipona, relacionados con este tema, y su obra de comentarios a los Salmos que suele titularse *Enarraciones sobre los Salmos*.

La referencia constante a Cristo como Buen Pastor en boca del excelente maestro de la fe y bondadoso pastor de almas que fue el santo obispo de Hipona, no sólo resonó en sus alocuciones al pueblo y quedó para siempre custodiada en sus copiosos escritos, como de algún modo procuraré presentar en este trabajo, sino que sus palabras también tuvieron un muy notable y fructuoso eco en quienes se consideraron seguidores suyos y que siglos después se agruparon en la fecunda y muy acreditada orden agustiniana. Séame, pues, concedido poner al frente de mi labor recopiladora de textos y de sentimientos del Doctor de la Gracia el testimonio de dos eximios religiosos agustinianos españoles del siglo XVI.

El incomparable maestro de doctrina y espiritualidad, así como maravilloso escritor, fray Luis de León al exponer la profundidad de sentido que se encierra bajo el nombre de “pastor” hace una penetrante reflexión en la que pondera cuán excelente y beneficioso viene a ser su pastoreo y lo expresa de esta manera: «Que en la verdad, así como en la divinidad es amor, conforme a San Juan; *Dios es caridad* (1 Jn 4,8) ; así en la humanidad, que de nosotros tomó, es amor y blandura. Y como el sol, que de suyo es fuente de luz, todo cuanto hace perpetuamente es lucir, enviando, sin nunca cesar, rayos de claridad de sí mismo, así Cristo como fuente viva de amor que nunca se agota, mana de continuo en amor; y en su rostro y en su figura siempre está bulliendo este fuego, y por todo su traje y persona traspasan y se nos vienen a los ojos sus llamas, y todo es rayos de amor cuanto de él se parece [es decir: se manifiesta]»³. Y finalmente fray Luis, lleno de admiración exclama: «Y la tercera ventaja es que [el Buen Pastor] murió por el bien de su grey, lo que no hizo algún otro pastor, y que por sacarnos de entre los dientes del lobo consintió que hiciesen en Él presa los lobos»⁴.

² *Sermón* 138, 4: BAC 443, 253.

³ FRAY LUIS DE LEÓN, *Los nombres de Cristo. Pastor*, Obras Completas, I: BAC, Madrid 1991, p. 472.

⁴ *Ibid.*, p. 481.

Santo Tomás de Villanueva, fraile agustino, fue elegido en 1544 para regir la extensa e importante diócesis de Valencia. Era un tiempo en que la Iglesia se veía afectada por corruptelas y conmocionada por la difusión de falsas doctrinas, tal como ya había ocurrido en los tiempos en que san Agustín era obispo en el África proconsular. El santo obispo, limosnero y reformador en Valencia, aunque sin dejar nunca de esforzarse asiduamente en el desempeño de su labor pastoral, sentía el peso de su responsabilidad, de modo semejante a su Padre san Agustín que con frecuencia aludía a la carga (*sarcina*) del episcopado que tan generosamente sobrellevaba. En la carta que fray Tomás al ser nombrado obispo escribía al papa Paulo III se expresaba así: «Beatísimo Padre: Las letras de Vuestra Santidad, con su sello pendiente de plomo, en las cuales me hace arzobispo y pastor de la Iglesia de Valencia, he recibido, y no sin gran temor y recelo de mi alma. Porque ¿quién no temblará de encargarse de un ministerio de tanto peso y tan peligroso como éste? ¿Y a quién no atemorizará la alteza de esta dignidad, si tiene ojos de fe y considera como debe el juicio que se le espera y una cuenta tan estrecha como la que se le ha de tomar? Sírvase nuestro Redentor Jesucristo, por su grande piedad y clemencia, de hacerme idóneo y suficiente ministro de tan santa Iglesia, por quien descendió del cielo a la tierra para fundarla con tanta sangre como él y los suyos por ella han derramado, para que las gracias que ni puedo ni basto a dar a Vuestra Santidad con palabras por el grande amor y benevolencia que me ha mostrado, las dé en alguna manera con mis obras, ayudándole y sirviéndole con la diligencia y fidelidad que debo en el oficio que me ha encomendado»⁵.

En uno de sus valiosos escritos e innumerables sermones Tomás de Villanueva siendo ya él, sin duda, arzobispo de Valencia decía que en el día del juicio «el Pastor de los pastores pedirá a éstos cuenta de sus ovejas» y añadía a continuación: «Cuando haya colocado su reino en las manos del Padre (cf. *1Co* 15,24) [...] entonces todos seremos simples individuos, y el juez divino pedirá a los pastores cuenta severa de su ministerio, mostrando al Padre las heridas que fueron precio de adquisición de las ovejas que un día llevó sobre sus hombros. Y los que un día las pisotearon serán entonces pisoteados»⁶.

Aunque en cuanto al estilo y a las circunstancias históricas, se manifiesta una notable diversidad entre la predicación del Obispo de Hipona y la

⁵ *Sermones de la Virgen María y Obras castellanas*, Cartas, BAC, Madrid 1952, pp. 577-578.

⁶ *La Palabra de Cristo*, IV, BAC, Madrid 1954, pp. 427-428.

del arzobispo de Valencia, con razón, sin embargo ha podido decirse que «no hay sermón de Santo Tomás de Villanueva sin que explícita o implícitamente, recorra a san Agustín; y hay períodos del agustino manchego que evocan gratamente, por su vivacidad y dinamismo, al hiponense»⁷.

CRISTO, EL PASTOR QUE REÚNE A LAS OVEJAS

La más famosa y expresiva alegoría de Jesús sobre su función de pastor es aquella en la que figuran estas muy reveladoras palabras: *Yo soy el buen pastor; el buen pastor da la vida por sus ovejas* (Jn 10,11). Parece que esta afirmación fue proclamada en Jerusalén durante la fiesta de los tabernáculos que duraba ocho días, y que esta tan fecunda declaración mesiánica tuvo lugar después de la curación del ciego de nacimiento, milagro que tanta oposición provocó por parte de fariseos y ministros del templo en contra del Salvador. Esta concreta situación hace comprender el fondo bíblico que se trasluce en esta enseñanza de Jesús, que viene a reflejar y poner en claro que efectivamente se estaban cumpliendo los anuncios proféticos en los que se aludía a los pastores de Israel, y que especialmente Ezequiel había ampliamente desarrollado, oráculos que se estaban cumpliendo maravillosamente en el actuar de Cristo en medio de su pueblo.

En efecto, la actitud de los dirigentes del pueblo judío, gobernantes, sacerdotes y maestros de la ley, se habían manifestado en gran parte como pastores inicuos que, según les decía el profeta, descuidaban, maltrataban y alejaban de la bondad divina a las ovejas que les habían sido encomendadas por el Señor, por lo cual ellos se verían privados de su encargo y el mismo Dios pondría remedio a una tan triste realidad con la intervención de un excelso Pastor que saldría en busca de las ovejas perdidas, y de un modo admirable las reuniría junto a sí, a modo de un rebaño amorosamente conducido y eficazmente defendido.

Se ha conservado felizmente un extenso y maravilloso sermón pronunciado por san Agustín al finalizar el primer decenio del siglo quinto. En esta alocución queda muy bien reflejada una certera interpretación teológica y moral del libro de Ezequiel, así como la realidad ambiental de la Iglesia africana que padecía no pequeñas dificultades a causa de la herejía donatista y de las calamitosas divisiones sociales provocadas por

⁷ HERMINIO DE LA RED, OSA, «Santo Tomás de Villanueva: Testigo y predicador cordial par nuestro tiempo», *Santo Tomás de Villanueva. 450 Aniversario de su Muerte*, Centro Teológico San Agustín, Madrid 2005, p. 351.

esa secta. He aquí uno de los párrafos más destacables de este sermón en correspondencia con las palabras del mencionado profeta, según la cual el Señor mismo manifestará a su pueblo la ansiada «consolación de Israel», diciendo: *Yo mismo iré a buscar a mis ovejas y las reuniré* (Ez 24,11). San Agustín en referencia a esta profecía de Ezequiel se expresa de este modo:

Los malos pastores no se preocuparon; no las rescataron [a las ovejas] con su sangre. *Como visita -dijo- el pastor su rebaño en el día, ¿En qué día? Cuando haya tempestades y nubes* (Ez 34,12), es decir, lluvia y niebla. La lluvia y la niebla son el extravío en el mundo, una gran oscuridad que surge de los apetitos de los hombres y una densa niebla que cubre la tierra. Es difícil que en medio de esta niebla no se extravíen las ovejas. Pero el pastor no las abandona. Las busca, atraviesa la niebla con ojos agudos, sin que se lo impida la oscuridad de las nubes. Las ve, llama a la extraviada en cualquier lugar, para que se cumpla lo que dice en el Evangelio: *Las ovejas que son mías escuchan mi voz y me siguen* (Jn 10,27). *En medio de las ovejas dispersas buscaré a las mías, las sacaré de todo lugar en que estuvieren descarriadas en el día de las nubes y de la tempestad* (Ez 34,12), Cuando es difícil encontrarlas, entonces yo las encontraré⁸.

Este anuncio de que Cristo, el buen Pastor, ha de buscar y reunir a las ovejas e incorporarlas a su rebaño puede también contemplarse a la luz de las palabras de Jesús en ocasión de la súplica de aquellos griegos que desearon entrevistarse con él: *Y yo cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí* (Jn 12,32). Aunque san Agustín presenta el texto en el sentido de «tras de mí arrastraré todo» considera que, además de dar lugar a diversas aplicaciones, puede muy bien interpretarse que «si por *todo* ha de entender a los hombres mismos, podemos decir *todo* lo predestinado a la salvación». Y añade que «cuando arriba hablaba de sus ovejas, aseveró que nada de ese todo va a perecer»⁹.

EL SUPREMO Y ÚNICO PASTOR DE LAS OVEJAS ES CRISTO EL SEÑOR

Como pastores son designados quienes, de una u otra forma, dirigen el pueblo de Israel ya sea cuando peregrina como al estar ya asentado en la tierra que el Señor le había prometido. Pero al propio tiempo se va repitiendo a los dirigentes y a todos los habitantes del país que Dios ha de ser reconocido como el único verdadero pastor, ya que en verdad todos ellos

⁸ *Sermón* 46, 23; BAC 53, 641,

⁹ *Tratados sobre el Evangelio de San Juan*, 52, 11: BAC 165, 330.

son *pueblo de su dehesa y ovejas de sus manos* (*Sal* 94,7, según la vulgata). San Agustín expone certeramente el profundo significado de estas expresiones que aparecen en el Salterio, según la versión de que él se servía y que san Jerónimo con razón había mantenido, puesto que coincide sustancialmente con el texto hebreo: *Quia ipse est Dominus Deus noster. Et nos populus pacuae eius, et oves manus eius*. El comentario del obispo de Hipona dice así:

Porque Él es el Señor, Dios nuestro. ¿Qué somos nosotros para postrarnos y llorar seguros delante de Él? Nosotros somos pueblo de su dehesa y ovejas de su mano. Ve cuán elegantemente cambió el orden de las palabras, puesto que no empleó las que parecen apropiadas a cada sustantivo, a fin de que entendamos que las ovejas son, asimismo, el pueblo. No dijo: «Ovejas de su dehesa y pueblo de sus manos», lo cual más bien se podría pensar que pudiera convenir, puesto que las ovejas pertenecen a la dehesa; sino que dijo: Pueblo de su dehesa. Luego el pueblo son las ovejas, porque dice: El pueblo de su dehesa; por tanto, el mismo pueblo son las ovejas. Por otra parte, como anteriormente había dicho: Postrémonos ante Aquel que nos creó, convenientemente se dijo: ovejas de sus manos, ya que nosotros teneos ovejas compradas, mas no hechas por nosotros. Ningún hombre se crea ovejas. Puede comprarlas, regalarlas, reconocerlas, agregarlas a su rebaño, y, en fin, hasta robarlas, mas no puede crearlas. Pero nuestro Señor nos creó; por eso el pueblo de su dehesa y las ovejas de sus manos son aquellas que por su gracia se dignó crear para sí¹⁰.

En el sublime misterio de la encarnación descubrimos el origen y la motivación de por qué Cristo, verdadero Dios y hombre, sea el pastor único que congrega, conduce y defiende el rebaño de ovejas y corderos, que también es designado, mediante otras alegorías, como las de pueblo, campo, agricultura, casa, familia e Iglesia de Dios, símbolos que no se limitan a este mundo, sino que su trascendencia es de orden superior y cuyo destino va encaminado hacia la gloria de la eternidad. Esta visión de fe ilumina la vida del verdadero Pueblo de Dios y hace comprender a los pastores que sirven al buen Pastor no han de considerar a las ovejas del rebaño como de su propiedad o como recibidas de un modo exclusivo, sino que se han de considerar a sí mismos como quienes las apacientan en nombre del Señor.

San Agustín manifiesta abiertamente el auténtico sentido de la fe católica que se profesa en la Iglesia de Cristo y que la distingue con evidencia de las comunidades o agrupaciones marcadas por la herejía. Él lo experi-

¹⁰ *Enarraciones sobre los Salmos*, 94, 11: v. 7: BAC 255, 496-497.

mentaba dolorosamente a causa de la actitud rebelde y subversiva de los donatistas que levantaron «altar contra altar»¹¹ sembrando el cisma y la herejía en el África Proconsular, situación muy lamentable que, en buena parte gracias a la labor incansable de enseñanza y de cuidado pastoral de san Agustín y otros prelados, fue desapareciendo al producirse una eficaz labor de retorno a la unidad de la fe católica. Resulta ilustrativo a ese respecto el texto de uno de los sermones del santo, pronunciado no sabemos dónde hacia el año 410, en el que, tratando de la designación de Pedro como primado de la Iglesia, se describe con viveza la amargura del cismático enfrentamiento causado por el partido de Donato:

Poned aquí atención, hermanos míos, por causa de ciertos hombres, siervos malos, que del rebaño del Señor se hicieron ellos un patrimonio y se repartieron lo que no habían ellos adquirido. Sí; siervos infieles hubo que dividieron la grey de Cristo; con el fruto de las rapiñas se hicieron, valga el dicho, su propio capital, (*peculia sibi fecerunt*) y se les oye decir: “Estas ovejas son mías; ¿qué buscas entre mis ovejas? No te vea yo arrimado a mis ovejas”. Si, pues, nosotros decimos nuestras ovejas y ellos dicen sus ovejas, a Cristo no le queda ninguna, Figuraos al Príncipe de los pastores, dueño único del rebaño, puesto a discriminar y juzgar a sus siervos: -¿Qué dices tú? -Estas ovejas son mías, -Y tú ¿qué dices? -Estas ovejas son mías. -Entonces las por mí adquiridas, ¿dónde están? Siervos malos, ¿cómo es eso de llamar vuestras las ovejas y apropiaros mi hacienda, cuando, si no hubiera yo dado el precio de mi sangre, os aguardaba la muerte? Por lo que a nosotros hace, nos hallamos bien lejos de miraros cual ovejas nuestras, palabra esta ni católica ni legítima, ni de Pedro, porque hiere los derechos de la Piedra. Ovejas sois, pero lo sois de quien os ha comprado a vosotros y a nosotros. Tenemos todos un mismo Señor; Pastor, no mercenario, que hizo por sus ovejas lo que no hace nadie: dar el precio y hacer el contrato; el precio, su sangre; el contrato es el evangelio, que no ha mucho habéis oído» [el de la entrega del primado de Pedro: *Jn* 21, 15-19]¹².

Jesús ya había sido anunciado por Ezequiel como el *pastor único* enviado por Dios a Israel bajo el nombre de su progenitor David (cf. *Ez* 34,23). Cristo por su condición divina, (aunque el profeta desconocía el misterio de la unidad existente entre Dios Padre y su unigénito) es con toda verdad

¹¹ *Sermón* 46, 35 BAC 53, 656. La misma expresión aparece en el *Psalmus contra partem Donati*, cántico compuesto por san Agustín y destinado a la instrucción del pueblo. Reproducido en F. VAN DER MEER, *San Agustín pastor de almas*, Herder, Barcelona 1965, pp. 156-157. Véase también la obra de san Agustín *Las Retracciones*, 20: BAC 551, 722-723.

¹² *Sermón* 147-A, 2: BAC 443, 336.337.

aquel divino Pastor, del cual en el salmo 22, con toda exactitud, ya antes de revelarse el misterio trinitario, se proclamaba: *El Señor es mi pastor; nada me falta, Me pone en verdes praderas y me lleva a reposar junto a frescas aguas* (Sal 22,1-2). La profecía de Ezequiel lleva a san Agustín a exponer con solvencia y presentar con toda verdad al joven pastor David, ungido rey y pastor del pueblo de Israel, como figura de Cristo, el enviado del Padre, ungido y constituido Pastor del universal y definitivo Pueblo de Dios. Así lo expresa, con su característica y bella exégesis, el santo obispo de Hipona en el sermón 47, todo él dedicado a la profecía de Ezequiel sobre las ovejas de Cristo el buen pastor:

Y suscitaré para ellas un único pastor (Ez 34,23) ¿No había dicho él mismo en la anterior lectura: *Yo las apacentaré?* (Ez 34,15). Ahora suscita un único pastor aquel que las apacienta. ¿O quizá, en el pequeño intervalo entre las dos lecturas, se sintió afectado por el tedio de apacentar y suscitó un pastor a quien recomendar el cuidado de las ovejas para estar él tranquilo? Escuchemos a qué pastor se refiere; allí entenderemos cómo el mismo pastor, aun después de suscitado este otro pastor, el mismo las apacienta y sólo él. *Suscitaré para ellas un único pastor y las apacentará mi siervo David, él las apacentará* (Ez 34,23). Que la profecía se refiere a Cristo, que viene a los hombres mediante la estirpe de David, lo habéis comprendido inmediatamente si conocéis las épocas. El profeta Ezequiel vivió en el tiempo de la cautividad, que tuvo lugar en la trans migración del pueblo a Babilonia. Desde el tiempo de David hasta esta trans migración se sucedieron catorce generaciones. Mirad cuánto tiempo después dice: *David las apacentará*. Si esto se hubiese dicho en tiempo de Noé, o en tiempo de Abrahán o de Moisés, o al menos en el tiempo del mismo Saúl, a quien sucedió en el trono David, con razón entenderíamos que esto fue dicho del mismo David. Hijo de Jesé; es decir, que él había de ser el pastor del rebaño de Dios, pues como rey le fue confiado aquel pueblo. En el tiempo en que habla, David ya había reinado, ya había salido de esta vida, ya había pasado al número de los padres, ya descansaba como lo merecía. ¿Por qué dice, pues, *suscitaré a David y le haré el único pastor para ellas*, sino porque llama David a aquel que viene del linaje de David? ¿Cómo Dios nos depara un pastor? ¿Quién es el *pastor único*? *Y las apacentará mi siervo David*. Antes nos apacentaba él. Ahora nos apacienta su siervo David. ¿Por qué hablo como si se tratara de otro? Cuando él apacentaba, Dios apacentaba. Y cuando Dios apacentaba lo hacían el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo. Ahora es suscitado y constituido como otro pastor. Pero no es otro. No es otro según la forma de Dios; porque, en la forma de Dios, él y el Padre son un único Dios. Es suscitado en la forma de siervo, como si fuera otro para

apacentar, porque el Padre es mayor. Escucha al único que apacienta, a Cristo: *Yo y el Padre somos una sola cosa* (Jn10,30) ¹³.

Extensa ha resultado esta cita de la predicación del admirable pastor de almas que fue Agustín; pero él aun prolongaba la exposición, debido a la importancia teológica del tema, y para dejar bien clara la doctrina acerca de la divinidad de Cristo, ya que algunos oyentes podían albergar ideas confusas a causa de que el arrianismo había ido sembrando el error, contaminando las mentes de no pocas personas, incluso después de haber sido condenada claramente esa herejía en el concilio de Nicea. Por ese motivo el obispo de Hipona insistía en esclarecer las ideas, y así vemos que en el mismo sermón, además de hacer otras pertinentes reflexiones, añade: «Pregunto: ¿Quién decía: *Yo apacentaré*? Ciertamente era Dios quien hablando decía *yo apacentaré*. De la misma manera que no separó a Cristo de la función de apacentar al decir *yo apacentaré*, así no separó a Cristo de la divinidad cuando dijo *yo seré su Dios*, He aquí que Cristo es pastor y también el Padre. Del mismo modo el Padre es Dios y Cristo es Dios también» ¹⁴.

La conciencia de que Cristo es el pastor supremo, al que han de estar unidos todos los que en nombre suyo pastorean en la Iglesia lo manifiesta constantemente san Agustín y lo expone con toda claridad diciendo: «El Señor en persona va a exponeros esto más claramente por ministerio nuestro, recordando a vuestra caridad el mismo lugar del evangelio, Escuchadle deciros tan encarecidamente: *Yo soy el buen pastor*, (Jn 10,11) fue deciros: Todos los demás, todos los pastores buenos, son miembros míos porque no hay sino *una sola cabeza y un solo cuerpo: un solo Cristo* (cf. 1Co 12,12). Sólo hay, por tanto, un cuerpo y un rebaño único, formado por el Pastor de los pastores, bajo el cayado del Pastor supremo» ¹⁵.

BENEVOLENCIA Y MISERICORDIA DE CRISTO BUEN PASTOR

En el salmo 22, que es como el cántico de la amable presentación de la figura de Cristo como buen pastor, aparecen unas ideas llenas de confianza y de consuelo: *Tu bondad y tu misericordia me acompañarán todos los días de mi vida* (Sal 22,6). Recordando, sin duda, Agustín su propia historia de conversión y la bondad misericordiosa del buen Pastor, al comentar bre-

¹³ Sermón 47, 20: BAC 53, 691-692.

¹⁴ Ibid., 21: BAC 53, 695.

¹⁵ Sermón 138, 5: BAC 443, 253-254.

vemente este salmo, aunque poniendo las palabras en boca de la Iglesia, exclamada: «*Me colocó en un pastizal*, conduciéndome a la fe, me colocó para alimentarme en prado que comienza a retoñar. *A orillas de agua refrigerante me crió* (Sal 22,3): Me nutrió con el agua del bautismo, por el cual se restauran los que habían perdido la inocencia y el vigor. *Convirtió mi alma. Me llevó por caminos de justicia por causa de su nombre*: me llevó en atención a su nombre, no a mis méritos, por los caminos angostos de su justicia, que recorren pocos»¹⁶.

Lo que fue causa de gran sufrimiento para san Agustín, el cisma herético de los donatistas, despertaba en su alma un gran anhelo por la unidad de los cristianos en África, que felizmente vio que efectivamente iba avanzando por buen camino. Recordando aquel versículo del *Cantar de los Cantares* en que la esposa dice al esposo: *Indicame, amado de mi alma, dónde pastoreas, dónde sesteas al mediodía y no venga yo a extraviarme tras de los rebaños de tus compañeros* (Ct 1,7), texto que los donatistas interpretaban erróneamente, el obispo de Hipona en uno de sus sermones exponía alegóricamente lo que le sugería ese pasaje vinculándolo con la figura del pastor que es Cristo y con su pastoreo que no ha cesado con el paso del tiempo:

Yo admito que África esté al mediodía, aunque, respecto al meridiano de África [proconsular], Egipto lo está más. Y los que tienen idea de aquello saben cómo este Pastor [Cristo] está en Egipto; y los que lo ignoran pueden averiguar qué gran rebaño tiene allí; que gran muchedumbre de santos y santas, menospreciadores absolutos del mundo [...]. Oído, pues, y aceptado sin restricción que lo del *mediodía* se refiere al África, como lo entiendes tú (donatista); pero tal como tú lo entiendes, ¿no es la Iglesia trasmarina [la católica y universal] la que se dirige a su Esposo, recelando caer en el error africano? ¡Oh Amado de mi alma!, dime, enséñame, pues he oído decir que hay al mediodía, es decir en África, dos partidos, o mejor, muchas partidas. *Dime*, pues, *dónde pastoreas*, que ovejas son las tuyas, qué aprisco de aquellos me ordenas amar, a cual me debo agregar, *no sea que vaya como una desconocida*. Se burlan, en efecto, de mí como de una desconocida; me insultan como a extraviada, como si no existiese fuera de allí en pare alguna; *para no dar*, pues, *como una desconocida en los rebaños de tus comensales*, o digamos en los gremios heréticos de los donatistas, maximianistas, rogatistas y tantas pestilencias más como hacen allí rancho aparte; que no recogen contigo, y, por tanto, desparraman; ruégote me digas si he de buscar allí mi Pastor, para no caer en el despeñadero de la rebautización. Os amonesto y ruego por la santidad de estas nupcias que améis a esta Iglesia

¹⁶ *Enarraciones sobre los Salmos*, 22, 2-3: BAC 235, 233.

[la católica] y permanezcáis en esta Iglesia y seáis de esta Iglesia, Amad al Buen Pastor, el bello Esposo que a nadie engaña, que a nadie quiere ver perdido. Rogad también por las ovejas descarriadas, para que también ellas vengan a nosotros y reconozcan y amen la verdad, y no haya sino *un solo rebaño y un solo pastor* (Jn 10,16)»¹⁷.

La *mansedumbre del que apacienta*¹⁸ es una de las condiciones de los pastores dignos de este nombre y que destacan especialmente en la misericordia que resplandece en Cristo el buen pastor: «Como es merecedora de desprecio la maldad y crueldad de aquellos [malos pastores], así merece toda alabanza la misericordia de nuestro pastor, de nuestro Dios: salvará a sus ovejas»¹⁹.

El buen Pastor, benigno y bondadoso, se lamenta de que los cabritos, que se encuentran en los rebaños que andan en manos de pastores irresponsables, hayan pisoteado los pastos y enturbiado las aguas con que las ovejas habían de hallar cuanto precisaban para su subsistencia. Con vivos colores lo describe el ministro bueno y fiel en su labor, pues tal fue siempre Agustín, y exhortando a los pastores a rectificar las desatinadas maneras de apacentar sus rebaños, dice así:

«Habló aquí [el Señor por boca del profeta] de los machos cabríos, de los carneros y de un juicio entre unos y otros. ¿Y qué les dice? *¿Acaso no os basta el apacentaros en buenos pastos? Pisoteabais con vuestras pezuñas lo que quedaba de vuestros pastos; bebíais el agua que manaba* -es decir, la limpia y tranquila- *y enturbiabais la restante con vuestras pezuñas. Mis ovejas pacían lo pisado por vuestras pezuñas y bebían el agua enturbiada*, (Ez 34, 17-19). ¿Qué es esto? Los pastos de Dios son buenos y limpias sus fuentes. Lo tenemos dicho en las Santas Escrituras. ¿Quiénes son, pues, los que beben allí lo que está tranquilo, y pastan lo que allí está limpio, y pisotean lo que resta y enturbian el agua, para que las otras ovejas tomen las hierbas pisoteadas y beban el agua enturbiada? Veis que también esto desagrada al pastor, el cual, cuando se hacen estas cosas, dice: *Yo juzgo entre oveja y oveja* (Ez 34, 17), precisamente para que no acontezca esto. Hay muchos que aprenden tranquilamente y enseñan alborotadamente, y, teniendo un maestro paciente, se ensañan con el que aprende. ¿Quién no advierte cuán tranquilamente nos enseña la misma Escritura? Llega alguien, lee los mandamientos de Dios, lo lee y lo comprende; tranquilamente lo comprende bebiendo de la fuente tranquila, pastando en

¹⁷ *Sermón* 138, 10: BAC 443, 261-262.

¹⁸ *Sermón* 47, 17: BAC 53, 685.

¹⁹ *Ibíd.*, 19: BAC 53, 690.

lo tierno y limpio, Viene otro a escuchar algo de su boca. Se indigna, se altera, echando en cara la lentitud de quien tarda algo más en comprender, y turbándolo hace que entienda aún menos lo que había podido oír tranquilo²⁰.

Resulta evidente que el obispo de Hipona pone de relieve cuán dañino resulta el enseñar doctrinas desviadas de la enseñanza de la Escritura tal como la Iglesia la propone, como también la falta de discernimiento al explicar la doctrina sin el debido respeto a la capacidad de los oyentes, desviándose así del ejemplo de Jesús el buen Pastor, cuya enseñanza se refleja tan limpia y sencilla en los evangelios. A esta temática dedicó san Agustín su tratado «La catequesis de los principiantes» (*De catechizandis rudibus*). En este libro da el santo muchas normas prácticas y dice también que «si nos entristece el hecho de que el oyente no capta nuestro pensamiento y nos vemos obligados a descender, de algún modo, desde la altura de las ideas» y si por tales motivos «nos cansamos de hablar y preferimos callar, pensemos que nos lo exige aquel que nos mostró su ejemplo para que sigamos sus pasos»²¹.

OTROS RASGOS DE CRISTO COMO PASTOR

Es propio y característico del buen Pastor el amor a la verdad. Él mismo dijo: *Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad; todo el que es de la verdad oye mi voz* (Jn 18,37). «Desde esa fuente [la del rebaño fiel a Cristo] -dice Agustín- te proclamo yo en voz alta a la Iglesia extendida por todo el orbe, y al Señor que dice: *Las ovejas que son mías escuchan mi voz y me siguen* (Jn 10,27). ¿Cuál es la voz del Pastor? *Y ser predicada en su nombre la penitencia y la remisión de los pecados por todos los pueblos, comenzando por Jerusalén* (Lc 24,47). He aquí la voz del pastor; examínate y, si eres su oveja, síguela»²².

Precisamente, porque Cristo es la Verdad, no deja de advertir seriamente a las almas o a las iglesias, bajo la figura de la esposa del *Cantar de los Cantares*, acerca del peligro de los halagos de pastores desviados, aunque por razón de los sacramentos que mantienen se les considera como compañeros (*sodales*). He aquí la perspicaz y severa advertencia que sale de la boca de un pastor fiel, como es el obispo de Hipona:

²⁰ *Sermón 47, 9*: BAC 53, 675-676.

²¹ *La catequesis de los principiantes*, 10,15: BAC 499, 475.

²² *Sermón 46, 32*: BAC 53, 650-651.

Aquí comienzan claramente las palabras del esposo: *Si no te reconoces a ti misma* -conócete a ti misma, mujer, de forma varonil-; *si no te reconocieras a ti misma*, dijo; escucha lo restante: *¡Oh hermosa entre las mujeres! Si no te reconocieras a ti misma, ¡oh hermosa entre las mujeres!, sal tras las huellas de los rebaños y apacienta tus cabritos entre las majadas de los pastores*, no en la majada del pastor, Mira cómo amenaza el pastor; mira cómo ante el peligro, aunque él es dulce, quitó de en medio los halagos»²³.

Cuando Jesús dice: *Tengo otras ovejas, que no son de este redil; también a estas las tengo que conducir y escucharán mi voz, y habrá un solo rebaño, un solo pastor* (Jn 10,16). Es evidente que no se trata de que haya diversos rebaños de Cristo, sino de que su bondad tiene en cuenta que tales ovejas le pertenecen y las ha de conducir a formar parte del rebaño que él conduce hacia la vida eterna, San Agustín lo expone con claridad y con profunda plenitud de sentido:

Después de haber hablado [el Señor] sobre las ovejas, que nadie diga: «Quizá haya otras ovejas de Dios no sé dónde, a las cuales cuida Dios, y yo no las conozco»; aunque es absurdo para el sentido humano que hayan pensado estas cosas, sin embargo, aquel pastor, compadeciéndose de los débiles, descendió hasta tales pensamientos y expuso clarísimamente quiénes eran sus ovejas *Y vosotros sois mis ovejas, y los hombres sois las ovejas de mi rebaño*. (cf. Ez 35,15). Pero ¿qué hombres? ¿Todos? No. *Dichoso aquel cuya esperanza es el Señor Dios* (Sal 39,5). Y *¡Cuán bueno es el Dios de Israel para los rectos de corazón!* (Sal 72,1). *Dichoso el varón cuyo Dios es el Señor* (Sal 145,5)»²⁴.

El buen pastor obra «con juicio», puesto que cuida las ovejas que ha criado, o sea, aquellas a quienes él mismo ha dado la vida de la fe y de la gracia divina. Agustín ilustra esta convicción de fe ofreciendo una llamativa cita del libro de Jeremías, y se expresa así: «Según el profeta Jeremías, *clamó la perdiz, reunió huevos que no puso, amontonando riquezas, pero sin juicio* (Jr 17,11). Al contrario de esta perdiz que amontonó sus riqueza sin juicio, este pastor apacienta con juicio. ¿Por qué sin juicio aquella? Porque reunió lo que no engendró. ¿Por qué éste con juicio? Porque cría lo que él engendró. Estamos hablando del pastor bueno»²⁵.

²³ Sermón 46, 36: BAC 53, 655.

²⁴ Sermón 47, 29: BAC 53, 705.

²⁵ Sermón 46, 28: BAC 53, 644.

El rebaño reunido y criado por Cristo, según la consideración de san Agustín, se inició en Judea, donde ya se unieron a él judíos y gentiles, aludiendo seguramente a aquellos griegos que quisieron ver a Jesús (*Jn* 12,22): «En la misma Judea comenzó a formarse el rebaño del Señor. Pero ¿qué dice el Señor de este rebano: *Tengo otras ovejas que no pertenecen a este redil; voy [hacia ellas], las reuniré, y habrá un solo rebaño y un solo pastor* (*Jn* 10,16)»²⁶.

EL REDIL DE LAS OVEJAS

La parábola del Buen Pastor se compone de un conjunto de alegorías que conforman un amplio contenido de figuras simbólicas, la primera de las cuales es la del redil o aprisco donde se recogen las ovejas, después de haber sido conducidas por campos o praderas a fin de proporcionarles pastos saludables y aguas refrescantes. La mención del redil y de su finalidad da lugar a una serie de exposiciones de carácter altamente simbólico, como es el caso de la puerta del aprisco, de su guardián, de la voz del pastor y de cómo a éste le van siguiendo las ovejas, que también en él hallan su defensa y protección.

Lo más normal en Palestina era que el redil estuviera formado por un bajo vallado de piedras en el que se abría una pequeña y estrecha puerta, a fin de que las ovejas fueran entrando o saliendo una a una, de modo que fácilmente se las pudiera contar. Allí las conducían los diversos pastores a fin de que por la noche estuvieran vigiladas por un guardián y a la mañana siguiente cada pastor acudiera a recoger las suyas para apacentarlas. De esas normas y costumbres de los pastores palestinos se sirvió Jesús para exponer sus enseñanzas respecto de su sacrificada labor a favor de su simbólico rebaño.

San Agustín se complace en ir recorriendo estas diversas figuras, y expone bellamente sus significados. Menciona a varios herejes que pretenden estar con el buen pastor, pero que en realidad no lo están, porque Cristo es la Verdad y ellos rechazan la verdad. He aquí cómo lo expresa:

Arrio dice: «una cosa es el Padre; otra es el Hijo». Hablaría correctamente si dijera «otro individuo», no «otra cosa». En efecto, cuando dice «otra cosa», contradice a ese al que oye decir: *Yo y el Padre somos una única cosa* (*Jn* 10,30). Tampoco él [Arrio], pues, *entra por la puerta*, ya que

²⁶ *Ser* 4, 18: BAC 53, 67.

predica a Cristo cual se lo imagina, no cual dice la *Verdad* (Jn 14,6). [...] Mantened esto: que el redil de Cristo es la Iglesia católica. Cualquiera que quiere entrar al *redil* entre *por la puerta* (Jn 10,1), predique al Cristo auténtico. No sólo predique al Cristo auténtico, sino busque la gloria de Cristo, no la suya, porque muchos buscando su gloria, dispersaron más bien que congregaron las ovejas de Cristo. Baja, en efecto, es la Entrada, Cristo el Señor; es preciso que quien entra por esta entrada se abaje para poder entrar con la cabeza sana. Quien, en cambio, no se abaja, sino que se empina, quiere trepar por la tapia; ahora bien, quien por la tapia trepa (cf. Jn 10,1), se empina para caer²⁷.

Las palabras de Jesús: *Yo soy la puerta de las ovejas* resultan diáfanas y están llenas de espiritual consuelo. «He aquí -dice Agustín- que él ha abierto *la puerta* misma que había puesto cerrada. Él en persona es *la puerta*. La hemos reconocido; entremos o gocemos de haber entrado»²⁸. A continuación, sin embargo, la voz de Jesús se nos vuelve más difícil de interpretar. Habla, en efecto de que todos los que vinieron antes eran *ladrones y asesinos*. Aparte de que las palabras de Jesús se refirieran a la actuación de los escribas o fariseos que con gran dureza de corazón le estaban atacando, la interpretación que, sin negar la dificultad del pasaje, ofrece el obispo de Hipona resulta esclarecedora:

Todos cuantos vinieron son ladrones y asesinos (Jn 10,7). Señor, ¿Qué significa esto: *Todos cuantos vinieron*? Pues qué éno viniste tú? Pero entiende: «He dicho: *Todos cuantos vinieron* fuera de mí, evidentemente». Reconsideremos, pues. Antes de la venida de él mismo *vinieron* los profetas; ¿acaso fueron *ladrones y asesinos*? ¡Ni pensarlo! No *vinieron* fuera de él, porque *vinieron* con él. Quien iba a venir enviaba pregoneros, pero poseía los corazones de esos a quienes había enviado. ¿Quieres saber que *vinieron* con ese que es siempre *él* mismo (Sal 101,28). Ciertamente, del tiempo tomó carne. ¿Qué significa, pues, «siempre»? *En el principio existía la Palabra*. *Vinieron*, pues, con él quienes *vinieron* con la Palabra de Dios. *Yo soy*, afirma, *el Camino y la Verdad y la Vida*. (Jn 14,6). Si él en persona es *la Verdad*, con él *vinieron* quienes eran veraces. *Cuantos*, pues, *vinieron* fuera de él, eran *ladrones y asesinos*; esto es, *vinieron* a robar y matar²⁹.

En la alegoría del redil aparece también la figura del «portero», que es quien abre la puerta al pastor que va en busca de sus ovejas. Cristo es el

²⁷ *Tratados sobre el Evangelio de San Juan*, 45, 5: BAC 165, 176-177

²⁸ *Ibid.*, 45, 8: BAC 165, 180.

²⁹ *Ibid.*, 45, 8: BAC 165, 180-181.

«pastor» y también, como hemos visto, es la «puerta» por la que entran y salen las ovejas; pero san Agustín se pregunta: ¿Quién es el portero?; ¿cuál es el significado de esa figura un tanto enigmática, o sea, aquel hombre que desempeña un oficio tan sacrificado como el de cuidar durante la noche de tantas ovejas confiadas a su responsabilidad? San Juan Crisóstomo hablando en sentido alegórico dice: «Nada nos impide identificar a Moisés con el portero, pues a él fueron confiadas las palabras de Dios» ³⁰. San Agustín, por su parte, anota que el simbolismo de la persona del portero ha de corresponder a Cristo o, si acaso, al Espíritu Santo. Considera que se trata de una alegoría que Cristo ha dejado a nuestra consideración, y después de hacer sobre el asunto varias reflexiones, concluye de este modo:

No nos contraríe, pues, hermanos, tomar, según ciertas analogías, por la puerta misma al portero mismo. ¿Qué, es, en efecto, la puerta? Por donde entramos. ¿Quién es el portero? El que abre. ¿Quién, pues, se abre a sí mismo, sino quien a sí mismo se pone a la vista? He aquí que el Señor había dicho *puerta* (Jn 10,1); no habíamos entendido; cuando no entendimos, estaba cerrada; quien ha abierto, ese mismo es el *portero* (Jn 10,3). No hay, pues, ninguna necesidad de buscar alguna otra cosa, ninguna necesidad; pero tal vez hay voluntad. Si hay voluntad, no te salgas de órbita, no te separes de la Trinidad. Si buscas otra persona de portero, venga a tu pensamiento el Espíritu Santo, pues el Espíritu Santo no se desdeñará de ser *el portero*, siendo así que el Hijo se ha dignado ser *la Puerta* misma. Mira que el Espíritu Santo es quizá el portero: el Señor mismo dice a sus discípulos sobre el Espíritu Santo: este mismo *os enseñará toda la verdad* (Jn 16,13). ¿Cuál es la *puerta*? Cristo. ¿Qué es Cristo? *La Verdad* (Jn 14,6). ¿Quién *abre* la puerta, sino quien enseña *toda la verdad*?³¹

No se puede formar parte del rebaño del buen Pastor sin estar unidos al cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia. Así se lo advertía Agustín a los donatistas: «Sean hechos cuerpo de Cristo, si quieren vivir del Espíritu de Cristo» ³². Por idéntica razón manifiesta que no es posible franquear la entrada o la salida del aprisco de las ovejas, si no lo hacen por la puerta que es el mismo Señor Jesús: «No puede nadie salir por la *puerta*, esto es, por Cristo, hacia la vida eterna que existirá en la visión [la gloria del cielo],

³⁰ *Homilías sobre el Evangelio de San Juan*, 59, 2: PG 59,324: Bp 54, 310.

³¹ *Tratados sobre el Evangelio de San Juan*, 46,4: BAC 165, 201. En cuanto al texto *toda la verdad*, es la forma en que aparece en algunos códices antiguos.

³² *Ibid.*, 26, 13; BAC 139, 601.

si por esa misma *puerta*, esto es, por el mismo Cristo, no entra a su Iglesia, que es su redil, hacia la vida temporal que existe en la fe»³³.

LAS OVEJAS QUE EL PASTOR CONOCE POR SU NOMBRE

La figura del buen pastor, trazada por Jesús en su parábola, aparecía como de algún modo reflejada en aquellos pastores que no ejercían su trabajo en vistas a recibir un salario, sino que con gran empeño y sacrificio cuidaban ovejas suyas propias, que les eran bien conocidas y muy apreciadas, casi como si formaran parte de su familia.

Esto es lo que indica Cristo al referirse a sí mismo como el pastor, al cual *el portero le abre, y las ovejas oyen su voz, y llama a sus ovejas por su nombre, y las saca fuera; y cuando las ha sacado todas, va delante de ellas, y las ovejas le siguen, porque conocen su voz* (Jn 10,3-4). Esta actitud esforzada y amorosa del buen pastor es la que con razón san Agustín ve reflejada en el *salmo* 22 y la comenta con estas breves, pero sustanciosa palabras:

Aunque camine en medio de la sombra de la muerte (Sal 22,4): aun cuando camine en medio de esta vida, la cual es sombra de muerte. *No temeré los males*, porque tú habitas en mi corazón por la fe, y ahora estás conmigo, a fin de que, después de morir, también yo esté contigo. *Tu vara y tu cayado me consolaron*: tu doctrina como vara que guía el rebaño de ovejas y como cayado que conduce a los hijos mayores que pasan de la vida animal a la espiritual, más bien me consoló que me afligió, porque te acordaste de mí³⁴.

Los herejes donatistas a menudo decían que entre ellos resonaba la voz del Pastor, ¿pero cómo podían garantizarlo? Al que se encuentra indeciso acerca de dónde puede escuchar la auténtica voz del buen pastor, san Agustín le manifiesta que la nota de catolicidad, y no la pretensión de que los pastores de la Iglesia estén exentos de pecado, debe ser la garantía de que en la Iglesia católica se escucha en verdad la voz del Pastor:

Un débil busca la Iglesia; un extraviado busca la Iglesia. ¿Qué le dices tú? «Esta Iglesia es del partido de Donato». Yo busco la voz del pastor. Léeme esto en el profeta, en el salmo; lee en voz alta la ley, haz lo mismo con el Evangelio, con el Apóstol. Desde esa fuente te proclamo yo

³³ *Ibid.*, 45, 15. BAC 165, 194.

³⁴ *Enarraciones sobre los Salmos*, 22, 4: BAC 235, 233.

en voz alta a la Iglesia, extendida por todo el orbe, y al Señor que dice: *Las ovejas que son mías escuchan mi voz y me siguen. ¿Cuál es la voz del pastor? Y ser predicada en su nombre la penitencia y el perdón de los pecados por todos los pueblos comenzando por Jerusalén (Lc 24,47)*. He aquí la voz del pastor; examínate y, si eres su oveja, síguela³⁵.

Es necesario que la adhesión al buen pastor sea perseverante hasta el fin, puesto que Cristo ha dicho: *Quien haya perseverado hasta el final, éste será salvo (Mt 10,22)*. Esta condición de perseverancia se mantendrá aun en el caso de una infidelidad, si mediante la conversión se retorna al rebaño del Señor. Pero es muy importante a ese respecto la sabia admonición de san Agustín: «Si se te ha concedido ponerte de acuerdo, no litigues más, pues desconoces cuando se te acaba el camino; pero en todo caso lo sabe él. Si eres oveja y si hubieres perseverado *hasta el final*, serás *salvo*; y por esto los suyos no desprecian esa voz, no la oyen los extraños»³⁶.

EN BUSCA DE LA OVEJA PERDIDA

Entre las imágenes o alegorías que se refieren a Jesús como buen pastor, sin duda unas de las más expresivas e impresionantes es la del pastor que sin reparar en sacrificios se afana en buscar y rescatar a la oveja que se ha alejado del rebaño donde estaba tan bien cuidada y protegida. Fray Luis de León lo expresa con el vigor de su enjundioso estilo cuando dice: «Así que, además de que todo su obrar es amor, la afición y la ternera de entrañas, y la solicitud y cuidado amoroso, y el encendimiento e intención de voluntad con que siempre hace esas mismas obras de amor que por nosotros obró, excede todo cuanto se puede imaginar y decir. No hay madre así solícita, ni esposa así blanda, ni corazón de amor así tierno y vencido, ni título ninguno de amistad así puesto en fineza, que le iguale o le llegue. Porque antes que le amemos nos ama; y, ofendiéndole y despreciándole locamente, nos busca; y no puede tanto la ceguedad de mi vista ni mi obstinada dureza, que no pueda más la blandura ardiente de su misericordia dulcísima»³⁷.

Como ya hemos visto, san Agustín, padre y maestro excelso de fray Luis, ha hablado con gran convicción y gratitud de la mansedumbre y la

³⁵ *Sermón 46, 32*: BAC 53, 650-651.

³⁶ *Tratados sobre el Evangelio de San Juan, 45, 13*: BAC 165, 191.

³⁷ FRAY LUIS DE LEÓN, *Los nombres de Cristo. Pastor*, Obras Completas, I: BAC, Madrid 1991, p. 471.

misericordia de Jesús como pastor lleno de atención y de benevolencia en el apacentar y recuperar a sus ovejas. El obispo de Hipona hablando un día a sus fieles, ya en los últimos años de su ministerio episcopal, les consolaba respecto de la muerte de sus personas amadas, recordándoles la figura de Jesús que va en busca de la oveja perdida y les decía:

Nuestra fe dista mucho de la de los gentiles por lo que respecta a la resurrección de los muertos. Ellos no la aceptan de ninguna manera, porque no tienen donde acogerla. La voluntad del hombre es preparada por el Señor para que sea receptáculo de la fe (cf. *Pr* 8,35, según versión de los Setenta). Dice el Señor a los judíos: *Mi palabra no tiene cabida en vosotros (Jn 8,37)*. Luego tiene cabida en quienes encuentra con capacidad para ella; y encuentra con capacidad a aquellos a quienes la palabra les capacita, a los cuales Dios no engaña en su promesa. El que busca la oveja perdida sabe no sólo qué busca, sino también dónde ha de buscarla y cómo ha de reunir sus miembros dispersos y hacerla volver a la única salvación y así reintegrarla para no volver a perderla. Consolemonos, pues, mutuamente hasta con estas palabras nuestras³⁸.

Estos sentimiento de Agustín, arraigados en una fe profunda y sobre la base de la acción salvífica del buen Pastor, es la que queda bien reflejada en unas preciosas palabras del libro de las *Confesiones*, al recordar la cristiana celebración de las exequias de su madre santa Mónica: «Juzgábamos que no era conveniente celebrar aquel entierro con quejas lastimeras y gemidos, con los cuales se suele frecuentemente deplorar la miseria de los que mueren o su total extinción, y ella ni había muerto miserablemente, ni había muerto del todo; de lo cual estábamos nosotros seguros por el testimonio de sus costumbres, *por su fe no fingida (1Co 15,51)* y otros argumentos ciertos»³⁹. Con tales precedentes de la enseñanza transmitida por los Padres de la Iglesia se comprende muy bien la preferencia que se manifiesta en el arte paleocristiano por representar la figura del buen Pastor junto a los sepulcros de los fieles.

«EL BUEN PASTOR DA SU VIDA POR LAS OVEJAS»

Esta manifestación de Jesús (Jn 10,11) respecto de su muerte redentora contiene la profundidad del misterio realizado en favor de quienes han de heredar la salvación: *qui hereditatem capient salutis (Hb 1,14)*. En diversos

³⁸ *Sermón* 173, 2: BAC 443, 693.

³⁹ *Confesiones*, IX, 12, 29: BAC 11, 375-376,

lugares y concretamente en Mahón, diócesis de Menorca, desde el siglo XIV ha existido una capilla llamada del Buen Pastor, en la cual la imagen que se venera es la de Cristo crucificado. Esta equiparación en cuanto al título y al simbolismo posee un sentido muy intenso y profundo, que se vincula con el texto alegado, en el que el mismo Jesús da razón de su muerte en beneficio salvífico de las ovejas de su rebaño. Es lo que también se pone de manifiesto en los versos de Luis de Góngora (1561-1627) donde dice. «Por descubrirte mejor / cuando balabas perdida, / dejé en un árbol la vida, / donde me subió el amor»⁴⁰.

Jesús al aceptar voluntariamente el sacrificio de su muerte en cruz, lo hace conscientemente de acuerdo con lo que había manifestado al proclamar que *el buen pastor da su vida por las ovejas* (Jn 10,11). San Agustín destaca la importancia de esa libre voluntad que de antemano había Jesús manifestado al anunciar su muerte salvadora. Así lo expresa el santo en su principal obra dogmática, *La Trinidad*, tan colmada de fe y de sabiduría teológica, donde dice:

El alma del Mediador demostró que la muerte de su carne no era penal, pues al abandonarla no lo hizo en contra de su querer, sino porque quiso, cuando quiso y como quiso. Unido en unidad hipostática al Verbo de Dios, pudo decir: *Tengo poder para dejar mi alma y poder para tomarla de nuevo. Nadie me la quita; soy yo quien de mí mismo la doy* (Jn 10,18). Y los que presentes estaban se admiraron en demasía, según narra el evangelio, al ver cómo poco después de pronunciadas aquellas palabras, figura de nuestro pecado, entregó el espíritu»⁴¹. [Esto último hace referencia a las postreras palabras de Cristo en la cruz con *gran voz* antes de morir: *Lc 23,46*].

Hablando Agustín acerca de pastores mercenarios, herejes, que se ufanan de tener sus propias ovejas y no quieren que nadie se acerque a ellas, les increpa diciendo: «Ovejas sois, pero lo sois de quien os ha comprado a vosotros y a nosotros. Tenemos todos un mismo Señor; Pastor, no mercenario, que hizo por sus ovejas lo que no hace nadie: dar el precio y hacer el contrato; el precio, su sangre; el contrato es el evangelio que no ha mucho habéis oído»⁴². Se trataba de la entrega que le hace Jesús a Pedro

⁴⁰ *Oveja perdida*, ven. PEMÁN, J. M., y HERRERO, M., *Suma Poética*, BAC, Madrid 2008, p. 384.

⁴¹ *La Trinidad*, IV, 13. 16: BAC 39, 304.

⁴² *Sermón 147-A*, 2: BAC 443, 337.

del primado, diciéndole: *Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas* (cf. *Jn* 21, 15-17).

Uno de los símbolos muy destacados en la cristología joánica es el del *Cordero de Dios que quita el pecado del mundo* (*Jn* 1, 29, 36). En esta imagen se enlazan diversos anuncios proféticos como son el *Siervo de Yahveh* (*Is* 53), *el cordero pascual* (*Ex* 12) y *el cordero que estaba en pie como degollado* (*Ap* 5,6). San Agustín pone muy de relieve que en esta rica y profunda simbología aparece también la figura del buen Pastor, de modo que, especialmente en el sacrificio redentor de la cruz, se ve al Pastor que haciéndose oveja muere para que nosotros seamos sus ovejas. He aquí algunas de sus expresiones más colmadas de la noble e imponderable belleza del misterio de la salvación:

¡Reconoce [oh hombre] los beneficios del pastor y no seguirás a los lobos del error! Éramos lobos. *También nosotros fuimos hijos de la ira como los demás* (*Ef* 2,3). Pero murió la Oveja y nos hizo a nosotros ovejas. *He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita el pecado*, no de éste o de aquél, sino *del mundo*. No nos atribuyamos arrogantemente nada a nosotros, hermanos míos, por el hecho de que somos algo; si es que por la fe en él somos algo, seamos lo que seamos, no nos lo atribuyamos a nosotros, no sea que perdamos hasta lo que recibimos. Pero en lo que recibimos, démosle gloria, tributémosle honor; haga llover él sobre sus semillas. ¿Qué tendría nuestra tierra si él no hubiese sembrado? Pero también da la lluvia. No abandona lo que sembró. *El Señor dará la suavidad, y nuestra tierra dará su fruto* (*Sal* 84,13)⁴³.

Dirigiéndose a Cristo, a modo de plegaria, a fin de poder de algún modo captar *cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad* (*Ef* 3.18) del misterio del amor de Cristo, el obispo de Hipona exclamaba: «¿Qué dices, oh Señor, y pastor bueno (Porque tú eres buen pastor y buen cordero; pasto a la vez y pastor; cordero y león en una pieza) ¿Qué dices? Oigámoste y ayúdanos a entenderte»⁴⁴.

«OS DARÉ PASTORES SEGÚN MI CORAZÓN» (*Jr* 3,15)

Con estas palabras de Jeremías: *Os daré pastores...* y con las que luego añade el mismo profeta: *Pondré al frente de ellas*, - es decir, de las ovejas del rebaño de Dios, o sea, Israel, su pueblo escogido- *pastores que de verdad las*

⁴³ *Sermón* 26, 15: BAC 53, 423.

⁴⁴ *Sermón* 138, 4: BAC 443, 252.

apacienten, y ya no habrán de temer más, ni angustiarse ni afligirse. Palabra de Yahvéh (Jr 23,4).

La Iglesia antigua tenía ya muy asumida y bien arraigada la idea de la necesidad de pastores, consagrados y dispuestos a entregarse de lleno a cuidar generosamente del desarrollo de la vida cristiana del pueblo de bautizados en Cristo. Lo mismo irá manteniendo la Iglesia a través de los siglos, por más que todo el pueblo cristiano sea también responsable de mantener su fidelidad a Cristo. Aplicando estos conceptos a la Iglesia de nuestro tiempo Juan Pablo II lo sintetizaba con estas certeras palabras: «La tarea pastoral prioritaria de la nueva evangelización, que atañe a todo el pueblo de Dios y pide un nuevo ardor, nuevos métodos y una nueva expresión para el anuncio y el testimonio del Evangelio, exige sacerdotes radical e integralmente inmersos en el misterio de Cristo y capaces de realizar un nuevo estilo de vida pastoral»⁴⁵.

Ente mismo espíritu de san Juan Pablo II es el que, atendida la diversidad de circunstancias históricas, se manifiesta en las enseñanzas y en la labor pastoral de san Agustín. Tratando él del aprisco de las ovejas y de las palabras a ese respecto pronunciadas por Jesús: *En verdad, en verdad os digo: Yo soy la puerta de las ovejas (Jn 10,7)*, el excelente pastor del pueblo católico de Hipona expresaba con cálidas expresiones como entendía él la labor pastoral que el Señor le había confiado y que desarrollaba en comunión con otros pastores y con el pueblo fiel:

Digo, pues, inmediatamente yo, porque busco entrar a vosotros, esto es, a vuestro corazón, predico a Cristo; si predico otra cosa, [o sea, otro Cristo]; intentaré trepar por otra parte. Así pues, Cristo es mi entrada hacia vosotros, por Cristo entro no a vuestras paredes, sino a vuestros corazones. Por Cristo entro, en mí habéis oído gustosamente a Cristo. ¿Por qué habéis oído gustosamente en mí a Cristo? Porque sois ovejas de Cristo, porque habéis sido adquiridos *por la sangre de Cristo (1Pe 1,19)*. Reconocéis vuestro precio, que por mí no es dado, pero mediante mí es predicado. En efecto, os ha comprado el que su sangre preciosa ha derramado; preciosa sangre es la del *sin pecado (Hb 9,28)*. Sin embargo, él mismo ha hecho preciosa también la sangre de los suyos, por los que ha dado *precio de sangre (Mt 27,6)*, porque, si no hiciera preciosa la sangre de los suyos, no se diría: *Es preciosa en presencia del Señor la muerte de sus santos (Sal 115,15)*. Así pues, él no es el único en haber hecho incluso esto que asevera, *El buen pastor depone su alma por las ovejas, (Jn 10,11)* y

⁴⁵ *Pastores dabo bobis*, Exhortación pastoral de S.S. Juan Pablo II (25 de marzo de 1992, n° 18).

empero, si quienes lo hicieron son sus miembros, él mismo en persona es el único que lo hizo, pues él pudo hacerlo sin ellos, mas ellos ¿en virtud de qué lo pudieron sin él, ya que él en persona ha dicho: *Si mi nada podéis hacer?* (Jn 15,5). Pues bien, que también otros lo hicieron lo demuestro, precisamente porque el apóstol Juan mismo, que predicó este evangelio que acabáis de escuchar, dijo en una carta suya: como Cristo *depuso por nosotros su alma*, así *también nosotros debemos deponer por los hermanos las almas* (1Jn 3,16), *Debemos*, dijo: nos hace deudores el primero que lo ha efectuado⁴⁶.

El espíritu de caridad y de servicio ha de ser la nota característica de los pastores que *el Espíritu Santo ha constituido obispos para apacentar la Iglesia de Dios* (cf. Hch 20, 28). Agustín lo puso muy de manifiesto en su vida y en su enseñanza. Así lo expresaba en un sermón pronunciado el día de la ordenación de un obispo:

El sermón del día de hoy es el tercero que dirijo a vuestra caridad desde que el Señor se dignó traerme hasta vosotros. En los dos días anteriores habéis escuchado lo que os concierne a vosotros [los fieles] sobre todo; mas como hoy, por gracia y misericordia de Dios, será consagrado vuestro obispo, debo hablaros de ello, de manera que al mismo tiempo sirva de exhortación para mí, de información para él y de instrucción para vosotros. El que preside a un pueblo debe tener presente, ante todo, que es siervo de muchos. Y esto no ha de tomar como una deshonra; no ha de tomar como una deshonra, repito, el ser siervo de muchos, porque ni siquiera el Señor de los señores desdeñó el servirnos a nosotros. De la hez de la carne se les había infiltrado a los discípulos de Cristo el Señor, nuestros apóstoles, un cierto deseo de grandeza y el humo de la vanidad había comenzado a llegar ya a sus ojos. Pues, según leemos en el Evangelio, *surgió entre ellos una disputa sobre quién sería el mayor* (cf. Lc 22,24). Pero el Señor, médico que se hallaba presente, atajó aquel tumor. Cuando vio el mal que había dado origen a aquella disputa, poniendo delante algunos niños, dijo a los apóstoles: *Quien no se haga como este niño no entrará en el reino de los cielos* (Mt 18,3)⁴⁷.

Se plantea Agustín, de un modo realista y prudente, cuál ha de ser una correcta evaluación acerca de ciertos pastores «mercenarios», categoría que no parece que haya de aplicarse a los herejes que persisten en el error sin ofrecer esperanza de un retorno a la fe auténtica, sino más bien a aquellos que mantienen una actitud poco generosa en su manera de apacentar

⁴⁶ *Tratados sobre el Evangelio de San Juan*, 47, 2: BAC 165, 213-214.

⁴⁷ *Sermón* 340-A: BAC 461, 21-22 (Morin-Guelf 32).

y andan buscando su propio interés. A estos, aun lamentando su manera de obrar, les aplica la normativa que se descubre en san Pablo cuando, en referencia a quienes se oponían a su actividad apostólica, decía: *Sea hipócritamente, sea con sinceridad, el caso es que Cristo sea anunciado (Flp 1,18)*. Una consideración realista del obispo de Hipona, aludiendo a la práctica del apóstol Pablo, se manifiesta en una expresión suya en la que dice que los mercenarios «hacen el bien donde pueden y son útiles en la medida en que pueden serlo»⁴⁸.

La actitud de Agustín, sin embargo respecto de su clero y sobre todo de los que habían de ser promovidos a obispos mostraba unas exigencias de ejemplaridad muy precisas: favorecía a los mejores y destacados por su capacidad. Eso le llevó a preferir muchas veces a quienes se habían formado espiritualmente en los monasterios. San Posidio en la *Vida de San Agustín* afirma que fueron muchos los monjes que aceptaron la ordenación sacerdotal y que del monasterio de Hipona, a petición de varias iglesias envió a diez personas desde el monasterio a regir diócesis en la región con mucho fruto, y que éstos fomentaron la creación de otros monasterios, con lo cual «se esparcía por muchos y entre muchos la doctrina saludable de la fe, esperanza y caridad de la Iglesia, no sólo por todas las partes de África [proconsular], sino también por ultramar, y con libros publicados y traducidos a la lengua griega todo se ponía en luz por ministerio de un solo hombre, y por él a otros muchos con el favor del cielo»⁴⁹.

Otra circunstancia que muchas veces podía dar lugar a calificar la actuación de los pastores de la Iglesia como «mercenarios» era la huida del pastor por causa de los peligros que se daban al producirse o temerse los ataques propios de las persecuciones violentas. Habían cesado ya las persecuciones por parte del Imperio romano; pero no faltaban ataques de poderes bárbaros o de grupos heréticos. Estos acontecimientos de producían en el África proconsular en tiempos de san Agustín, ya por ataques de grupos heréticos como los pelagianos o las temidas bandas de los «circunceliones» partidarios del donatismo, así como por las invasiones de los vándalos o por otros perturbadores del orden público y de la paz de la Iglesia.

San Agustín trata de estos asuntos en diversas ocasiones, como es el caso de una carta suya del año 429, el anterior a su muerte, dirigida a Honorato, obispo de Tiabe, cerca de Tagaste. Comenzaba refiriéndose a dos

⁴⁸ *Sermón 137*, 11: BAC 443, 242.

⁴⁹ *Vida de San Agustín*, 11: BAC 10, 318.

presupuestos que debían tenerse en cuenta: uno era el de «que había que dejar a los que quisieran refugiarse, si podían, en plazas fortificadas» y el otro «que no se podían romper las cadenas de nuestro ministerio, con las que la caridad de Cristo nos ató, para no abandonar a las iglesias a las que debemos servir». Y añadía: «Nuestro ministerio es tan necesario al mucho o poco pueblo de Dios que permanece donde estamos, que ese pueblo no puede en absoluto quedar sin asistencia. Por lo tanto, sólo nos queda decir al Señor: *Sé para nosotros Dios protector y plaza fortificada*»⁵⁰. En otro párrafo de esa extensa carta expone con más detalle las razones de su doctrina y a través de ellas podemos vislumbrar la triste y peculiar situación a la que se veían sometidos los vecinos de esos lugares diseminados por las extensas y desoladas llanuras del territorio africano, y dice así:

¿O no pensamos en que, cuando se llega a estos extremos peligrosos y no queda lugar para huir, suele reunirse en la iglesia un inmenso público de ambos sexos y de toda edad? Unos piden el bautismo, otros la reconciliación, otros obras de penitencia, y todos consuelo, administración y distribución de sacramentos. Si en ese momento faltan los ministros, ¡qué ruina para todos aquellos que salen de este mundo o no regenerados o con los lazos de los pecados! ¡Qué inmenso luto el de sus familiares creyentes, que ya no podrán tenerlos consigo en el descanso de la vida eterna! ¡Cómo gemirán todos y cómo blasfemarán algunos por carecer de los ministros y de sus servicios religiosos! Mira lo que nos trae el miedo a los males temporales, y cuántos males eternos van unidos a él. En cambio, cuando hay ministros, atienden a todos según las fuerzas que el Señor les otorga. Unos reciben el bautismo, otros la reconciliación, a nadie falta la comunión del cuerpo del Señor; todos son consolados, edificados, exhortados a orar a Dios, que es poderoso para apartar todos esos males que se temen. Y quedan preparados para los dos extremos, de modo que, si no puede pasar lejos de ellos ese cáliz, se haga la voluntad de aquel que no puede querer ningún mal»⁵¹.

El principio de religión y de moralidad que subyace en todas las enseñanzas del Obispo de Hipona sobre la actitud sagrada y valerosa que debe mover a los pastores de la iglesia, puede verse sintetizada en sus hermosas palabras de exhortación en las que se ponen de manifiesto qué es lo más esencial para la vida y el ministerio de los pastores de la Iglesia: «Nosotros hermanos míos, [...] vayamos sobre las huellas del Pastor, siguiendo las

⁵⁰ *Cartas* 228, 1. BAC, 99b, 363-364.

⁵¹ *Cartas* 228, 8: BAC 99b, 369-370.

cuales no erramos. *Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo para que sigamos sus huellas* (1P 2,21) ⁵².

«PEDRO, ¿ME AMAS?»: EL PRIMADO Y LA CÁTEDRA

El último capítulo del cuarto evangelio, que viene a ser un epílogo del mismo libro, trata de la vida de la Iglesia y de la espera de la segunda venida de Cristo. Este capítulo constituye una parte antigua y esencial de dicho evangelio con todas las notas de inspiración y canonicidad que son propias de la sagrada Escritura. El contenido de este epílogo abarca el encargo que el Señor resucitado hace a Pedro del pastoreo de su rebaño y la misión del discípulo amado como testigo de Cristo.

La misión conferida a Pedro de desempeñar el oficio y la responsabilidad de pastor sobre toda la Iglesia, cuya cabeza es Cristo, constituye la esencia de ese encargo que le ha hecho el Señor y que se designa con el nombre de «primado». Este oficio pastoral de Pedro y de los demás apóstoles tiene continuidad en sus sucesores y «pertenece a los cimientos de la Iglesia» (*Catecismo de la Iglesia Católica*. 881).

A la manifestación de este encargo de ser pastor universal en la Iglesia hecho a Pedro por Cristo le precede una triple confesión de amor por parte del mismo apóstol. Esto viene a manifestar que el amor al Señor está en la base de aquello que debe caracterizar de un modo peculiar la vida y la labor de quienes desempeñan los ministerios recibidos de Cristo y que han de ejercerse con aquella marca que se designa como «caridad pastoral», que siempre ha de distinguir a los pastores de la Iglesia. En los escritos y en los ejemplos de vida de san Agustín hallamos una clara manifestación de cómo entendía él y practicaba esa generosa entrega personal a la muy bella y beneficiosa tarea que se le había confiado a favor del rebaño que el buen Pastor ha venido a reunir y a salvar.

En la triple confesión de amor que Jesús resucitado solicita a Pedro no deja de evocarse las tres negaciones de este apóstol en las horas en que estuvo dominado por el temor en la noche de la Pasión. En definitiva, el amor salvador de Cristo había suscitado en Pedro el arrepentimiento y el amor que con copiosas lágrimas había rebrotado en su espíritu. El santo obispo de Hipona, que sin duda mantenía muy vivo en su alma el recuerdo de su propia conversión, al recordar la maravillosa transformación

⁵² *Sermón* 147-A, 5: BAC 443, 342.

obra en la persona de Pedro, exponía el hecho de este profundo cambio operado en el apóstol con palabras en las que se perciben los sentimientos de gratitud y de gozo que persistían en la intimidad personal de Agustín:

Ciertamente, poco había sido exhortarlos con su ejemplo [Jesús a los discípulos], si no los llenase de su *Espíritu* (cf *Hch* 9,17). Por eso el apóstol Pedro, aunque había ya oído sus palabras cuando había dicho: *Un siervo no en mayor que su amo. Si me persiguieron, también a vosotros os perseguirán* (*Jn* 15,20), y aunque veía que en él se cumplía ya esto en lo que, si bastase el ejemplo, debió imitar la paciencia de su Señor, cuando sucumbió y *negó*, evidentemente para no soportar lo que veía que él soportaba, Cuando recibió verdaderamente *el don del Espíritu Santo*, predicó a quien había negado y no temió reconocer públicamente a quien había temido confesar⁵³.

En el maravilloso diálogo entre Jesús y Pedro descuella de un modo admirable la relación entre el encargo de pastorear las ovejas de Cristo y la sincera y humilde confesión de amor del apóstol:

Después de resucitar, el Señor confía a Pedro sus ovejas, es decir, a quien lo había negado; lo había negado por presuntuoso; luego fue pastor por ser amador. ¿Por qué, si no, lo interroga tres veces, cuando ya lo amaba, sino para que se duela por la triple negación? De esta manera, Pedro hizo luego, con la gracia de Dios, lo que no pudo hacer antes confiado en sí mismo. Después que le confió las ovejas, no las de Pedro, sino las suyas propias, no para que las apacentase para sí, sino para el Señor, le anunció su pasión futura, a cuya cita no había acudido antes, puesto que había adelantado indebidamente el momento⁵⁴.

La transformación interior de Pedro se había ya iniciado cuando Jesús en la noche de la Pasión, después del canto del gallo *miró a Pedro* (*Lc* 22,61) y éste recordando la predicción de su caída, *saliendo fuera lloró amargamente* (*Lc* 22,61-62). San Agustín interpreta que se trata de una mirada al interior del alma de Pedro, puesto que el apóstol se encontraba en el atrio y Jesús en el interior del edificio, comenta: «Pero ¿dónde no mira el que está en todas partes?»⁵⁵. Pero el obispo de Hipona presenta la pública muestra de la reposición de Pedro como pastor universal de su rebaño, después de la resurrección y lo hace con estas hermosas y diáfanas palabras:

⁵³ *Tratados sobre el Evangelio de San Juan*, 93, 1: BAC 165, 624.

⁵⁴ *Sermón* 285: BAC 448, 113-114.

⁵⁵ *Sermón* 229-P, 3: BAC 447, 373 (Lambot 3).

Ved que el Señor, apareciéndose a los discípulos por segunda vez después de la resurrección, somete al apóstol Pedro a un interrogatorio, y le obliga a confesarle su amor por triplicado a quien le negó otras tres veces; Cristo resucitó en la carne, y Pedro en el espíritu, pues como Cristo había muerto en su pasión, así Pedro en su negación. Cristo el Señor resucita de entre los muertos, y con su amor resucitó a Pedro. Averiguó el amor de quien lo confesaba, y le encomendó sus ovejas. ¿Qué daba Pedro a Cristo al amarlo? Si Cristo te ama el provecho es para ti, no para Cristo; y si amas tú a Cristo, el provecho es también para ti, no para Cristo. No obstante, queriendo mostrar Cristo el Señor dónde han de mostrar los hombres que aman a Cristo, le encomendó sus ovejas⁵⁶.

El martirio del apóstol Pedro en Roma goza de antiquísimos testimonios tanto históricos como arqueológicos, entre los que destacan las alusiones de Clemente romano, su tercer sucesor en el episcopado, así como una clara noticia ofrecida por el presbítero Cayo de Roma a principios del siglo tercero acerca de la veneración de su sepultura. A esto se añade la perceptible referencia a su martirio por crucifixión que aparece en el epílogo del cuarto evangelio, a lo cual san Agustín hace clara alusión en uno de sus sermones dedicados al glorioso martirio del apóstol san Pedro, en estos términos:

La Piedra hizo ver a Pedro; y *la Piedra era Cristo* (cf. 1Co 10,4). Y cuando por tercera vez respondió que amaba a Cristo y tercera vez le confió el Señor sus pequeñas ovejas, ¿qué le anunció? Anuncie su martirio: *Cuando eras más joven*, le dice, *te ponías el cinturón e ibas a donde querías; cuando hayas envejecido, extenderás tus manos, y otro te lo pondrá y te llevará donde no quieras*. El evangelista nos aclaró estas palabras de Cristo. *Esto*, dice, *lo decía para significarle con qué muerte había de glorificar a Dios* (Jn 21,18-19), o sea, para demostrar que Pedro había de ser crucificado por Cristo; significación de las palabras: *Extenderás tus manos*⁵⁷.

Después de la resurrección de Jesús, Pedro que antes fue «negador y amador altanero» cuando negó a Cristo después de haber prometido con presunción dar por él la vida, por gracia del Señor resucitado, se manifestó «derribado negando, purgado llorando, aprobado confesando y coronado padeciendo»⁵⁸. Esta maravillosa transformación del apóstol Pedro, acrí-

⁵⁶ *Sermón* 229-N, 1: BAC 447, 361 (Guelf 16).

⁵⁷ *Sermón* 147, 3; BAC 443, 334.

⁵⁸ *Tratados sobre el Evangelio de San Juan*, 123, 4: BAC 165, 948.

solada en su glorioso martirio, la contempla san Agustín como la fiel y ejemplar imitación del buen Pastor que da la vida por sus ovejas:

Apacienta mis ovejas ¿Confía las ovejas a un pastor idóneo o a quien no lo es? Ante todo, ¿qué ovejas le confía? Ovejas no compradas con dinero ni con oro o plata, sino con la propia sangre. Si un hombre confía sus ovejas a un siervo suyo, sin duda piensa antes si los haberes del siervo se corresponden con el valor de sus ovejas, y se dice: «Si las pierde, si se le extravían, si las come, tiene con qué pagar». Confiará, pues, sus ovejas a un siervo idóneo y requerirá en dinero los haberes del siervo a cambio de las ovejas que compró con su dinero. Ahora, Cristo el Señor, al confiar a su siervo las ovejas que adquirió con su propia sangre, juzga la idoneidad del siervo en base a la pasión hasta la sangre, como diciendo: *Apacienta mis ovejas*; te confío mis ovejas. ¿Qué ovejas? Las que compré con mi sangre. He muerto por ellas. ¿Me amas? Muere por ellas. Ciertamente, el siervo de un hombre pagaría con dinero las ovejas desaparecidas: Pedro entregó su sangre por las ovejas conservadas⁵⁹.

El primado concedido a Pedro, y en consecuencia a sus sucesores, no es un título honorífico o una simple precedencia (*primus inter pares*), sino una responsabilidad que exige una entrega muy generosa que ha de perdurar siempre. Así lo expresaría muchos siglos después fray Luis de León, quien aludiendo a las lloradas negaciones de Pedro, decía que si quiso Dios que el encargo de pastor de todo el rebaño «se le ofreciese a sólo San Pedro», fue, entre otras razones, «para que con el lloro amargo que hizo por esta culpa [de las negaciones], mereciese mayor acrecentamiento de fortaleza. Y así fue que después se le dio firmeza para sí y para otros muchos en él; quiero decir, para todos los que le son sucesores en la silla apostólica, en la cual siempre ha permanecido firme y entera, y permanecerá hasta el fin, la verdadera doctrina y confesión de la fe»⁶⁰.

San Agustín afirma claramente la investidura del primado que Jesús ha otorgado a Pedro, estableciéndole como «el único sobre quien organiza la Iglesia»⁶¹. Asegura además el obispo de Hipona que Pedro, desempeñando su labor de pastor universal en la Iglesia, habrá de pasar por el crisol del sufrimiento hasta alcanzar la gloria prometida:

⁵⁹ *Sermón* 296, 4: BAC 448, 268-269.

⁶⁰ *Los nombres de Cristo*, De los nombres en general: Obras Completas I, BAC, Madrid 1991, pp. 419-420.

⁶¹ *Sermón* 137, 3: BAC 443, 232.

Se le prepara para cosas más sublimes y mayores; se le dice: *Apacienta mis ovejas*, donde ha de peligrar su carne, pero ha de ser glorificado su espíritu. En efecto, ¡cuánto no iba a padecer por el nombre de Cristo en el oficio de apacentar las ovejas! *Apacienta mis ovejas, apacienta mis corderos* (Jn 21,15-17). Dado que me amas, ¿qué puedes darme? Le constituyó pastor el príncipe de los pastores para que él, Pedro, apacentase las ovejas de Cristo, no las propias⁶².

El ejercicio del ministerio conferido a Pedro y a sus sucesores se halla establemente vinculado a la sede episcopal de Roma, cuyo pastor ha recibido de Cristo el encargo de una labor efectiva y constante sobre la Iglesia universal, un ministerio de caridad que abarque todo el orbe. Eso es lo que a finales del siglo primero el obispo y mártir san Ignacio de Antioquía expresaba al decir que la Iglesia de Roma está «puesta a la cabeza de la caridad»⁶³.

En el arte paleocristiano era frecuente representar a san Pedro bajo la figura de Moisés junto a la piedra de donde hace brotar agua y sosteniendo la ley escrita recibida de Dios. En todo ello puede verse un claro simbolismo del primado y del magisterio del Príncipe de los apóstoles, como recibidos de Cristo, que es la piedra y confiere a Pedro el nombre de *piedra* y la misión de ser *fundamento* en la Iglesia⁶⁴.

«Este nombre, por el que le llamamos Pedro, -dice Agustín- le fue impuesto por el Señor, y eso para que en figura significase la Iglesia. Si Cristo es la piedra, Pedro es el pueblo cristiano»⁶⁵. Contemporáneamente, en otros textos, san Agustín propone otra interpretación en la que ve significado a Pedro como piedra: «Pedro, la roca aquella, respondió por la voz de todos: *Señor. ¿a quién iremos? Palabras de vida eterna tienes* (Jn 6,69)⁶⁶. Y en el libro *Las Retracciones*, o sea, so obra destinada a hacer revisión de sus escritos, constata la existencia de esas dos interpretaciones, reconociendo a ambas como válidas, de modo que cada cual puede elegir la que le parezca más probable⁶⁷. Una interpretación no excluye la otra, porque,

⁶² *Sermón* 229-O, 3: BAC 447, 368 (Guelf 17).

⁶³ *Carta a los Romanos* Saludo: BAC 65, 474.

⁶⁴ C. M. KAUFMANN, *Manuale di archeologia cristiana*, cit. pp. 305-306.

⁶⁵ *Sermón* 76, 1: BAC 441, 392.

⁶⁶ *Tratados sobre el Evangelio de San Juan*, 15, 5: BAC 139, 257.

⁶⁷ *Retracciones*, 1, 21, 1: BAC 551, 723-724.

en efecto, Pedro es *piedra* en la medida en que participa de la firmeza de la *roca*, que es Cristo ⁶⁸.

En cuanto al muy firme y claro concepto que mantenía Agustín acerca de la autoridad doctrinal del sucesor de Pedro cuando éste se pronunciaba acerca de la ortodoxia de las afirmaciones y actitudes de los fieles cristianos y de las iglesias particulares se pueden recordar manifestaciones muy relevantes, pero quizá la más destacada sea la que tuvo lugar en la condenación de la doctrina herética llamada el pelagianismo, surgida a principios del siglo V, la cual negaba la existencia del pecado original, la necesidad de la gracia y, en consecuencia, eliminaba el valor de la redención obrada por Cristo ⁶⁹. San Agustín vio de inmediato que se trataba de un error muy peligroso que atacaba lo más esencial de la fe cristiana. Su enseñanza a ese respecto fue muy esclarecedora y eficaz.

Los obispos del África proconsular manifestaron al Pontífice de Roma la peligrosidad de estos errores que conducían a transformar el cristianismo en una religiosidad racionalista que desvirtuaba la fe en cuanto a la visión sobrenatural que surge de la revelación divina. El papa Inocencio a principios del año 417 envió dos rescriptos a los concilios de Cartago y de Milevi, en los cuales confirmaba las actas surgidas de estos sínodos y condenaba el pelagianismo. Los obispos africanos consideraron como plenamente decisiva la doctrina de estos documentos pontificios. Grande fue el gozo que experimentó el obispo de Hipona al conocer esta enseñanza definitiva del Obispo de Roma, pastor universal de la Iglesia.

Se ha hecho famosa una frase lapidaria que fue pronunciada por este santo en un sermón que predicó en Cartago en septiembre de aquel mismo año 417. Después de hablar allí extensamente del misterio de la gracia y de cómo el alma es atraída por Dios sin forzar su libertad, pero suscitando el anhelo del amor, tal como a la oveja hambrienta, sin forzarla a empujones, se la atrae mostrándole un manojo de hierba. Al final exhorta a todos a atraer al buen camino a quienes se han dejado engañar por la herejía. «Responded a los contradictores, -dice- y a los obstinados traédme los a mí, Porque ya van mandadas sobre este particular a la Sede Apostólica las actas de dos concilios; también vinieron de allá contestadas. El asunto está

⁶⁸ Véase la «Nota complementario nº 4 de *Obras Completas de San Agustín*, tomo X: BAC 441, 884.

⁶⁹ Cf. FRANCISCO MORIONES, *Teología de San Agustín*, BAC, Madrid 2004, pp. 224-231.

concluido; plegue a Dios concluya pronto el error” (*Causa finita est: utinam aliquando finiatur error!*)⁷⁰.

Hugo de San Víctor, canónigo agustiniano, en un sermón de la festividad de San Agustín decía: «Entre todos aquellos que desempeñaron el cargo de prelados y doctores sobresale eminentemente el bienaventurado Agustín, cuya fiesta hoy celebramos, porque ilustró perfectamente con sus enseñanzas a todos lo que formaban su grey, y a sus discípulos para los cuales instituyó una congregación destinada en plenitud al servicio de Dios»⁷¹.

Efectivamente, san Agustín, al que frecuentemente se ha designado como «el Águila de Hipona» por razón de su excelso vuelo por las alturas del pensamiento filosófico y de los sublimes misterios de la revelación cristiana, destaca de un modo maravilloso por su labor como pastor de la grey de Cristo que desempeñó con una ejemplar y cordial cercanía al pueblo humilde de la pequeña ciudad portuaria de Hipona, al que amó y sirvió con una fidelidad impresionante, unido íntimamente a Jesús el buen Pastor.

Excelente elogio de este santo Doctor de la Iglesia es el que hizo Benedicto XVI al calificar a San Agustín como «el Padre más grande de la Iglesia latina, hombre de pasión y de fe, de altísima inteligencia y de incansable solicitud pastoral»⁷².

Guillermo Pons Pons

⁷⁰ *Sermón* 131, 10: BAC 443, 166.

⁷¹ *Sermones centum*, 84: PL 177, 1166.

⁷² *Audiencia general*, 9 de enero de 2008.